

TEMAS BIBLIOTECARIOS

BIBLIOTECAS LATINAS Y BIBLIOTECAS NORTE-AMERICANAS

En el siglo pasado las bibliotecas de Europa y de América tomaban como modelos de organización a las bibliotecas principales de París, especialmente en lo que se refiere a la clasificación de materias y a las fichas bibliográficas. El *Sistema de Brunet*, publicado en esa capital en 1810 en un famoso catálogo de libros para venta titulado "Manuel du libraire et de l'amateur de livres", fué adoptado en el siglo XIX por grandes bibliotecas del viejo y del nuevo mundo, quedando consagrado como la mejor clasificación bibliográfica de su época. Pero en 1895 triunfó en el Congreso Internacional de Bibliografía de Bruselas la *Clasificación decimal* del bibliotecario norteamericano Melvil Dewey, que se basa en una clasificación semejante de N. Shurtleff, y durante unos cuarenta años los bibliotecarios norteamericanos le han hecho una propaganda tenaz y costosa ayudados por el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas para imponerla y conquistar prestigio en el mundo bibliotecario. Y esa propaganda no ha sido en vano. En España, por disposición de la Junta Facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos todas las bibliotecas públicas deben ser organizadas por el sistema decimal, pero hasta ahora no han acertado en ese trabajo, y en los países de la América latina hay muchos bibliotecarios sugestionados por la propaganda que tratan de organizar las bibliotecas siguiendo las enseñanzas norteamericanas, pero no han conseguido salir del caos y orientarse, como lo atestiguan los que han visitado esas bibliotecas. Y ese fracaso se debe a que los bibliotecarios norteamericanos enseñan lo que ellos no saben

bien todavía, y a que hay cosas que sólo pueden hacer los ricos. En los Estados Unidos todas las bibliotecas públicas reciben grandes donaciones de dinero, gracias a lo cual hacen construir hermosos palacios que llenan de muebles, libros y obras de arte, y pagan bien a numerosos empleados aunque poseen una preparación profesional deficiente, los cuales se ocupan sobre todo de hacer millones de fichas bibliográficas de tipo antiguo, llenas de letras combinadas con números que nadie entiende. Con ese aparato de edificio, muebles, libros, obras de arte, empleados y fichas bibliográficas, las bibliotecas norteamericanas asombran a sus visitantes latinos, pero no les demuestran que su organización es perfecta ni mucho menos.

La mayoría de las bibliotecas norteamericanas son más bien grandes depósitos de libros, donde los concurrentes se sirven solos como en los autobares porque no hay quien los asesore en sus estudios. A esas bibliotecas no les importa que se destruyan o desaparezcan muchos libros porque tienen bastante dinero para reemplazarlos en seguida, pero las bibliotecas de los países latinos no pueden permitir ese manoseo libre ni extremar el préstamo de libros a domicilio porque carecen de dinero para reemplazar los libros robados o destruidos.

Por otra parte, después de haber hecho tanta propaganda a la clasificación decimal de Dewey los bibliotecarios norteamericanos se han desengañado de todas las clasificaciones bibliográficas de ellos porque la experiencia les ha demostrado que son absurdas, y han vuelto decididamente al catálogodiconario que enseñaba Charles A. Cutter a fines del siglo pasado. Y como quieren ser maestros de todos, enseñan sus engorrosos "headings" a los bibliotecarios latinos, y así han aparecido en los últimos años tres traducciones o adaptaciones de los "encabezamientos de materia" de la American Library Association, de la casa W. Wilson Co., de la bibliotecaria Minnie Earl Sears y de otros, una en México, de la señorita Juana Manrique de Lara, otra en Cuba, del doctor Lorenzo Rodríguez Fuentes, y la última en España, del doctor Javier Lasso de la Vega y Cesáreo Goicoechea.

Como se ve, en esto del catálogosdiccionario también están haciendo escuela los bibliotecarios norteamericanos, pero no durará mucho esa influencia seguramente. Pronto los bibliotecarios de los países latinos se desengañarán de los "headings" al ver que enredan el asunto y aprenderán a hacer el catálogosdiccionario en la forma simple como lo enseña el nuevo *Sistema Bibliotecario Argentino*.

Alfredo Cónsole

BIBLIOTECARIOS APROVECHADOS

Entre los bibliotecarios de la América latina se está generalizando la costumbre de "hacer" libros con materiales ajenos. El procedimiento es muy sencillo: traducen capítulos de libros europeos y norteamericanos viejos generalmente; citan a cada paso las opiniones de los autores más prestigiosos, con lo cual llenan páginas, y entre algunos párrafos propios intercalan párrafos y a veces páginas enteras plagiadas de otros autores. Con las ilustraciones hacen lo mismo, pues todas son reproducidas de libros ajenos sin elegir las modernas.

Otros bibliotecarios latinoamericanos que no han "hecho" libros todavía publican sus plagios en artículos de periódicos o los transmiten por radio para conquistar el prestigio profesional que no conquistarían si tuvieran escrúpulos porque les faltan méritos para ello.

Voy a ocuparme brevemente de los principales libros y de un artículo hechos con ese procedimiento para llamar la atención de los bibliotecarios, pues es necesario poner una valla a ese sistema que crea falsos valores profesionales, siembra errores en perjuicio de los estudiantes de biblioteconomía y desacredita al gremio.

El primero que apareció de esos centones bibliotecarios latinoamericanos que conozco es el titulado "Sistema decimal de catalogación", de Francisco Arturo Núñez, que se publi-

có en Guatemala en 1929. Casi todo el material de ese libro de 332 páginas ha sido tomado de obras europeas y americanas sin mencionar su origen las más de las veces, pero el contenido en la materia descubre en seguida que la segunda mitad de la página 158 y lo que está entre las páginas 247 y 255 pertenecen al conocido libro "Las bibliotecas en los Estados Unidos", de Ernesto Nelson, aunque no lo diga el señor Núñez...

En Buenos Aires en ocho años han aparecido cuatro centones bibliotecarios: "Nuestras bibliotecas obreras", de Angel M. Giménez, en 1932; "El arte de organizar bibliotecas, archivos y reparticiones en general", de Eduardo Mujica Farías, en 1937; "Manual de biblioteconía", de Manuel Selva, en 1939, y "Elementos de bibliología", de J. Frédéric Finó, en 1940.

Giménez enseña lo que aprendió en la lectura de "Las bibliotecas en los Estados Unidos", de Ernesto Nelson; en la primera edición de "Fundación y organización de bibliotecas", del que suscribe, y en algunas observaciones personales. Faltan lo que se aprende en la práctica de la profesión y lo que crea el talento propio.

Mujica Farías llenó las 396 páginas de su libro "El arte de organizar bibliotecas, archivos y reparticiones en general" con plagios y transcripciones de los libros de Alfredo Cónsole, Ernesto Nelson, Joel de Lyris, Nicanor Sarmiento, Juan Túmbarus y otros, como lo he demostrado ya oportunamente.

Selva habla *ex cátedra* en la Introducción de su "Manual de biblioteconía", pero es muy poco lo propio que enseña. Los doce primeros capítulos de ese libro han sido hechos en su mayor parte con resúmenes de cosas leídas en diversos manuales y con largas transcripciones de "Las bibliotecas en los Estados Unidos" de Ernesto Nelson, del "Dizionario" de Arneudo, del catálogo de tipos de la Imprenta López, del libro de Charles C. Jewett sobre reglas del fichado, de una publicación de la Compañía Editora Francesa, del "Manuel de bibliothéconomie" de Arnim Graesel, del "Manuel du libraire

et de l'amateur de livres" de J. C. Brunet y de otros. El capítulo XIII está hecho con materiales de los textos de paleografía de J. Muñoz Rivero y A. Millares Carlo. El capítulo XIV está lleno de opiniones de Eduardo Lacroix, Juan Tumburus, Arneudo, Sedylar y otros. El capítulo XV es un tejido de opiniones de Albert Maire, Ortiga Ankermann, Alfonso Gallo y Houlbert. El capítulo XVI reproduce páginas enteras de Ernesto Nelson y de Juan Pablo Echagüe. La mayor parte del capítulo XVII ha sido copiado del citado libro de Nelson, y en el capítulo XVIII llena nada menos que 222 páginas con la transcripción de la clasificación decimal y su tabla alfabética. Además, todas las ilustraciones de ese manual han sido copiadas. Así es fácil hacer un libro grueso y pesado como un adoquín.

Finó confiesa modestamente que "sin ninguna pretensión de originalidad, se ha limitado a presentar una adaptación, traducción o resumen de los trabajos de Cim, Maire, Graesel y otros", la mayoría del siglo pasado. Si hubiese utilizado materiales nuevos...

También en 1940 apareció en Río de Janeiro el libro titulado "A biblioteca", de Wanda Ferraz. La autora dice en el Prefacio que ese libro "É um simple estudo, baseado em livros americanos (quiere decir *norteamericanos*), feito com o intuito de prestar um auxilio à queles que, não conhecendo o inglês, veem-se inibidos de aprender, a não ser pela prática, a ciência complicada do bibliotecário moderno". Pero leyendo "A biblioteca" se encuentran partes que no han sido tomadas de libros norteamericanos. Por ejemplo, en las páginas 53 y 54, bajo el título *Defeitos da classificação de Dewey* publica tres párrafos traducidos a medias de la *Crítica de la clasificación decimal* del libro "Fundación y organización de bibliotecas", del autor de estas líneas, como si fueran propios... Más adelante traduce un párrafo del libro de Nelson, pero cita al pie la obra y el autor.

De los artículos de periódicos que tratan de asuntos bibliotecarios, el que más sorpresa me ha causado es el que se

titula "La biblioteca escolar" y fué publicado por la revista "Nueva Era", de Quito, en los números 10, 11 y 12, de 1938. En ese artículo el bibliotecario Enrique Terán habla en un párrafo del error de improvisar al bibliotecario o bibliotecaria, y más adelante a lo largo de una página habla de las colecciones de libros para niños publicadas por varias casas editoras de España y de las materias de que tratan las mismas. Pues bien, todo eso, con ligeras variantes, ha sido tomado de mi conferencia titulada "Conveniencia de aprender la profesión de bibliotecario", que publiqué en 1933 en la primera edición de mi libro "Hagamos del bibliotecario un profesional" y que en otras ediciones del mismo desglosé en un capítulo titulado "La bibliotecaria escolar". El aprovechado colega se cuida de mencionar en su artículo de marras el autor y la obra de donde ha copiado esas partes.

Este alud de libros y de artículos de periódicos sobre cuestiones bibliotecarias "hechos" con materiales ajenos en su mayor parte viejos y malos, y la escasez de obras más o menos originales que contengan creaciones y enseñanzas basadas en la experiencia propia, son consecuencias de la falta en todos los países de buenas escuelas de bibliotecarios que enseñen lo nuevo y hagan conocer lo viejo con fines ilustrativos pero sin darle mucha importancia. Los libros de estudio deben enseñar la última palabra de la ciencia, y si el autor no tiene nada original que decir, debe enseñar lo creado o investigado por otros más inteligentes con palabras propias y buen método expositivo después de haberlo experimentado, porque de lo contrario el libro se convierte en un mazacote indigesto. La ciencia bibliotecaria es muy difícil de aprender solo; es necesario estudiar en una buena escuela de bibliotecarios y practicar la profesión durante muchos años con verdadera vocación, pues sólo así se llega a ser maestro.

Alfredo Cónsole